

**Toda
persona necesita medirse con sus
vértigos. Y la escritura es el único
medio que tenemos los pacíficos
para transportarnos a ese mundo
oscuro.**

Andrés Neuman. El equilibrista.

Susan sobrevivía a duras penas, sin ninguna ayuda gubernamental con su hija Sofie adolescente en una pequeña cabaña a las afuera de Crofton. No tenía electricidad ni gas ni agua potable ni marido. Aunque, para los hombres que habían llegado a su vida, mejor que ninguno se quedara. Nadie sabía quién era el padre de Sofie, quizás todos los varones del pueblo porque Susan era la única puta del lugar.

En el año dos mil llegaron un montón de ingenieros coreanos a explotar una cantera de aluminio. Ella se quejaba constantemente de los temblores de su cabaña. Quizás hubiera algunas escorrentías bajo el terreno. La fauna se había desplazado hacia el sur y una tragedia se palpaba en el aire. Sin embargo, los coreanos tenían todos sus permisos en regla y no daban su brazo a torcer. Siguieron trabajando hasta que pasó lo evitable. El el verano de dos mil uno, la tierra rugió y se desmoronaron todas las torres del yacimiento. Los jefes de la explotación desaparecieron de golpe en varios helicópteros que habían venido a rescatarlos y un lago surgió de la grieta inundándolo todo.

La mujer tuvo que abandonar sus pocas pertenencias porque quedaron a la deriva. A punto estuvieron de perder la vida si no fue porque permanecieron encaramadas a a chimenea del tejado y luego a una rama fuerte y luego treparon y nadaron hasta encontrar tierra firme. Los servicios de emergencia llegaron bastante tarde pero al menos las pudieron arropar y ofrecer un caldo de ave caliente. Fue noticia en Maryland y toda la costa Este de Estados Unidos la creación natural de ese entorno y los restos de la explotación industrial desaparecieron en menos de dos años.

El pueblo, aún reconociendo el estado de necesidad de la mujer y su hija, no quiso hacerse cargo de ellas. Las que más vergüenza sentían eran las devotas mujeres que no deseaban que alguien, por debilidad, pudiera pensar que aquella niña era familiar suya y por eso les ayudaban. Así que decidieron hacer

una colecta generosa para mandarlas al extrarradio y no volver a verlas en algún tiempo.

Aquellos meses fueron los más crueles en la vida de Sofie. Todos los hombres que llevaban a las necesitadas agua, comida, leña, etc. se cobraban con creces su caridad. Terminaron en una caravana donada por la Iglesia y con derecho a ducha en la Casa Parroquiana una vez a la semana.

Sin embargo, una sentencia judicial muy precoz tuvo como resultado que la empresa coreana concediera a la mujer en usufructo y libre disposición de veinticinco mil acres de tierra en contraprestación por todo el perjuicio causado. En esa concesión, evidentemente estaba incluido el lago Natal. Y una pensión de mil dólares mensuales hasta que su hija tuviera dieciocho años de edad. De modo que aquella pobre mujer, con la ayuda de varios operarios de la empresa Nexmorth, realizó las oportunas obras para acondicionar una vivienda digna. Entonces, se les ocurrió trabajar como guías turísticas en su nueva propiedad. Poco a poco se fueron olvidando de los días de hambre y sufrimiento, de las miradas ocultas y oblicuas y de las lenguas viperinas. Poco a poco las cosas iban cambiando para mejor.

Susan era una mujer menuda, de pelo negro y labios apretados. Tenía las manos huesudas y encalladas de trabajar en la montaña cortando árboles y la voz muy fuerte y ronca vestigio de fumadora empedernida. Pero lo más especial, sin duda, era su mirada: acuosa, brillante y profunda, de esas miradas que te taladran y entienden tus sentimientos en un segundo. No temía nada; ni el trabajo duro, ni el frío, ni la soledad. Y tampoco tenía la necesidad de protección alguna, salvo un buen rifle detrás de la puerta. Fue lo primero que compró con los primeros mil euros recibidos, para espantar a los desalmados que todavía peregrinaban a altas horas de la madrugada buscando el calor de su entropiada.

Sofie era muda y ciega del ojo derecho por un ataque de meningitis que tuvo a los tres años, además nunca había acudido a la escuela porque eran muy pobres y no podían permitirselo. Así que lo poco que aprendió se lo enseñó su madre, como pudo, con pocos recursos y mucha ilusión. Sofie, sin embargo, poseía una belleza salvaje con un cuerpo proporcionado y bello. Su discapacidad nunca le dejaría ser del todo feliz. Había desarrollado un mundo propio en el que parecía ausente, sin enterarse de nada, o si lo hacía, lo disimulaba muy bien. Un día mientras paseaba en bicicleta para recolectar espárragos a finales de agosto los encontró. Abandonados. Cerca de las antiguas instalaciones de los coreanos. Un bidón de gasoil de mil litros lleno de agua con dos peces Chyanna dentro y restos de un conejo putrefacto. Metió un palo y le dieron tal mordisco que casi se lo arrancan. Estaban hambrientos. Y entonces, ella, sin saber, o sin querer, o queriendo... apalancó el bidón y los tiró al lago. Cuando regresó a casa, todavía nerviosa, se fue a dormir para no dar más explicaciones. Aquella noche decidió no contar a nadie lo que había visto.

Jing Mi era coreano y decidió quedarse con ellas cuando estuvieron preparando su hogar. Fue una decisión personal y nada forzada por la empresa. Fue muy fácil enamorarse de aquel entorno y de aquella mujer menuda y fuerte. Durante los primeros años se encargaba de cuidar las instalaciones, desbrozar árboles, cultivar verduras y hortalizas y realizar todo tipo de labores de mantenimiento y mejora del hogar. Jing Me tenía unos treinta años, también era menudo, demasiado introvertido, algo huraño y poco hablador quizás por el idioma que todavía no comprendía ni hablaba con soltura, pero Susan le trataba con mucho cariño. Habían creado, a su manera, una agradable familia.

En la primavera de dos mil dos Jing Mi les propuso establecer en el lago un periodo de pesca para la población autóctona ya que había comprobado que eran muy aficionados, estableciendo incluso, sus ligas. De ese modo, con una pequeña cuota mensual tendrían asegurados unos ingresos extras todo el año. A la madre le pareció una idea inteligente. Prepararon anuncios para el periódico local, la radio, y algunas revistas de caza y pesca. En poco tiempo consiguieron que se hiciera eco de la noticia y en la primera temporada ya tenían treinta socios. En la segunda casi superaban el centenar.

Tuvieron que hacer una inversión inicial importante para llevar al lago algunas especies como truchas, percas negras, peces roca y lubinas rayadas para que desovaran adecuadamente. Durante ese invierno tramitaron las licencias deportivas, compraron barcas, realizaron amarres y establecieron los horarios de disfrute para socios. Tenían un proyecto por el que luchar y estaban, por primera vez en sus vidas, ilusionados.

Un año después, al llegar la primavera, todo estaba preparado. La temporada comenzaba a finales de abril. En esa época los días solían ser nublados con amenazas de lluvia, como siempre, bastante cortos y con poca luz. Así que se hacía necesario madrugar. El aire se sentía increíble en el Lago Natal y algunas pequeñas bandas de cachañas daban la bienvenida a todas horas al recinto acotado. Todos los pescadores se iban contentos aunque no hubieran tenido ninguna picada en el día.

La pesca con mosca o ninfa genérica (más delicada) era la que más éxito tenía. Jing Mi solía ayudar a los novatos a situarse en los primeros intentos. Cuando Honathan Serek, el hijo del carnicero y Peter Morgan, hijo del Alcalde, trajeron como sebo falda de ternero Jing Mi se puso muy nervioso. Aquello no le gustó nada, pero como era el hijo del Alcalde, intentó no darle demasiada importancia al incidente. No obstante, dada su inexperiencia les acompañó. Pasaron algunos minutos sin éxito, hasta que les sorprendió el súbito alboroto de una perca que parecía haber atacado algo. Ninguno vio la perca misma, pero la aureola marcada en la superficie quedó clarísima, además, el viento había disminuido y se podían intuir los contornos. No pasó nada. Después de un rato, cambiaron la línea poniendo una flotante porque parecía que estaban pescando en una profundidad incorrecta. Entonces se sintieron algunas picadas, muy pocas y muy débiles en cualquier caso. Jing Mi estaba cada vez más nervioso y colérico porque los muchachos no dejaban de hablar, cantar y beber cerveza. Uno de ellos dejó caer el brazo sobre el agua y después se lavó

la cara para espabilarse. Trascurridos dos cambios más de línea a nivel profundo y a nivel intermedio, los chicos eructaron, hicieron un para de bromas más, recogieron sus aparejos y decidieron marcharse. Jing Mi les acompañó a la cabaña para que se cambiaran y les despidió con un par de cervezas más. Pero regresó. Cincolanzamientos después, y tras mucha impaciencia usando como cebo la falta de ternera, el sexto lanzamiento se transformó en una picada que duró más de lo previsible. El tira y afloja revelaba un ejemplar de no menos de tres kilos tratando liberarse. Por fin salió a superficie un pez Channa. Era una hembra y tenía todavía la bolsa de huevos colgando de su vientre. El hombre esperó a que se cansara y con mucho esfuerzo consiguió quitarle el anzuelo sin recibir ningún mordisco de la fiera y después de pensarlo, decidió devolverla al lago pero sin los huevos. Acababa de descubrir algo inesperado pero oportuno porque éste pez es culinariamente muy apreciado en su país y también se le atribuyen propiedades curativas. Tendría que investigar un poco sobre qué podría conseguir con los huevos. Muchas cosas buenas, seguro.

Aquella noche llevó a la casa de la dueña una preciosa trucha arco iris de 1 kilo que él mismo preparó. Sofie odiaba el pescado; nunca comía con la excusa de su alergia.

Ni Susan ni Sofie sabían nadar y por eso no se acercaban demasiado al lago por miedo a caerse. Tampoco navegaban en las barcas. Pero siempre, eso sí, se interesaban por los pormenores del día y ponían mucha atención a cuantas cosas ocurrían alrededor de Jing Me.

El Padre Jeremías era un gran aficionado a la pesca y también solía acudir tras la misa los viernes por la tarde. Excelente pescador, ganaba a los demás obteniendo al menos cuatro o cinco ejemplares de ventaja. El Alcalde también consiguió su abono para la temporada. Y después llegaron otros: Serinton G (El hombre que siempre miraba al cielo), Matt (el descerebrado paracaidista que olía a wisky a todas horas), Jimmy (el tuerto doble culo ayudante del Sheriff), y así poco a poco fueron llegando todos.

El día dos de mayo de dos mil tres desapareció John L. Berry. Había ido a pescar y su furgoneta apareció aparcada enfrente del Pub Black Bulls donde nadie le vio. Por aquel tiempo ya tenía problemas con la bebida y su mujer quería divorciarse por las palizas que la propinaba cada quince días. Todos pensaron que la había abandonado. O que sus propios hijos adolescentes se lo habían cargado. Así que como era un ser despreciable todos se convencieron con la versión del abandono familiar sin previo aviso.

El cinco de mayo del siguiente año desapareció Maximus Loney. También había ido a pescar y su camioneta apareció estrellada en mitad de la carretera. Tenía el brazo derecho y la mitad de la cara amputada. Parece ser que un oso se la zampó. Nadie hizo más averiguaciones porque a nadie le interesaba un comino Maximus. Era un hombre viudo, sin hijos, de apariencia abandonada y sin oficio definido. Sólo su hermana Sara Lonely que vivía a más de quinientos kilómetros de Crofton y que acudió para reconocer a su hermano y enterrarlo fue a la finca de Susan para interesarse por las últimas horas de la vida de su

hermano. Jing Mi le puso al corriente de los excesos de su hermano con las drogas y las mujeres. Se sintió avergonzada y traicionada por su propia sangre porque desconocía totalmente al ser que le había dibujado el coreano.

El siete de mayo del posterior periodo Mackey Runnetly se marchó en moto después de haberse tomado unas cuantas cervezas en el cabaña del embarcadero bastante mosqueando por no pescar nada. Era un hombre soltero que había sido el surtidor de abastos del pueblo durante diez años. Un ser ratero y despreciable que hacía buenas migas con el Sherriff. Durante casi un mes estuvieron radiando su desaparición a través de una emisora local y también se pegaron carteles por bares y gasolineras próximos. Nunca aparecieron ni él ni su moto.

El día nueve de mayo de dos mil seis una mujer estaba cortando un precioso ejemplar de perca negra cuando el filo del cuchillo chocó con un objeto duro y redondo que se encontraba en su interior. La todavía mujer del desaparecido John L. Berry abrió el pescado en dos y encontró algo parecido a un anillo. Fue al baño y buscó una pequeña tijerita con la que rascó el interior del mismo. Pudo leer: I love you, forever. Cogió la suya y la puso al lado: I love you, forever. Corrió enseguida a ver al pescadero para averiguar de dónde había venido ese pez. Entonces, Martín Lounders, el pescadero le indicó que no estaba autorizado para vender pescado sin denominación de origen. Entonces, muy nervioso, le pidió que le jurase que no se lo diría a nadie. Y le dijo la verdad: del Lago Natal. La mujer se quedó quieta un momento, y después de un rato de reflexión en el que se le cruzaron mil y una posibilidades por la cabeza, se atusó el pelo, levantó el mentó y simplemente le dijo. No se preocupe, su secreto está a salvo. Realmente la perca estaba apetitosa. Entonces, cogió el coche y se dirigió carretera norte hacia el Lago para hablar con la puta. Cuando llegó la noche estaba bastante cerrada y observó durante un rato a través de la ventana la vida en el interior de la cabaña de Susan. Una sencilla mesa con una rutina estudiada, convenida y bajo un clima de confusa alegría. En un sofá de cretona, con la cabeza girada un poco a la izquierda estaba la adolescente. Sofie miraba sin ver la televisión mientras comía pizza sin ganas. El ambiente parecía irreal...como si mentiras o medias verdades flotaran a sus anchas.

La mujer de John L. Berry llamó al timbre y Susan abrió la puerta. Le mostró el anillo que había encontrado y comenzó a llorar. Entre hipos consiguió balbucear: Lo tiró en el Lago, Susan, lo tiró antes de marcharse para siempre, el muy cabrón. Ya no me quería, ¿lo ves? Ni a mí ni a nuestros hijos. Susan se quedó allí mirándola sin saber qué decir. Escuchando su soliloquio. Y trascurrida una cruel media hora llena de maldiciones y lamentaciones, consiguió apaciguarla un poquito y la despidió con un abrazo amistoso.

Susan cerró la puerta y respiró hondo. Estuvo un rato mirando a través de la mirilla cómo se alejaba la mujer: cabizbaja, lenta y mirando su anillo, se subió en el coche y arrancó. Esperó a ver cómo desaparecía por el sendero de tierra apisonada que daba salida a la carretera, y cuando ya no estaba dentro de su alcance, se giró, corrió hacia Sofie, le agarró fuertemente del brazo y le dio una

estridente bofetada que la tiró al suelo. Luego añadió: Maldita Sofie, vas a arruinar nuestra vida. No vuelvas a hacerlo nunca más. ¿Me has oído?

La adolescente se levantó, se retiró el pelo de la cara, desafiante se colocó la palma de la mano en la piel aún caliente bajo la que latía un corazón frenético, y sin decir nada, la miró desafiante y se marchó a su cuarto.

Aquella noche abrió su diario. Tachó uno de los cinco nombres que abusó de ella en el verano de dos mil uno. Sonrió. Los hijos, hermanos, y padres de John L. Berry que venían de pesca al Lago Natal comerían la carne de su carne.

NOTICIA LOCAL 2010. Un voraz pez asiático amenaza el equilibrio ecológico de Estados Unidos.

Natural de China y Corea, el “cabeza de víbora” ha sido detectado en las afueras de Washington.

El último domingo de junio, un aficionado a la pesca capturó en un pequeño Lago de Crofton una localidad-dormitorio a las afueras de Washington, un oscuro pez de más de medio metro y largos dientes. Ante su extraño aspecto, el pescador decidió congelar para la posteridad su presa.

Tras múltiples especulaciones y peritajes, el ejemplar en cuestión ha sido identificado como un norteño pez “cabeza de víbora” o escamoso Channa, natural de China y Corea, donde culinariamente es muy apreciado y al que se le atribuyen propiedades curativas. Sin embargo, para las autoridades de Estados Unidos, el animal es un peligrosísimo monstruo de agua dulce que crece hasta alcanzar casi un metro de longitud, que se lo come literalmente todo, que sobrevive a inviernos helados y a la carencia de oxígeno y que además es capaz de arrastrarse varios días por el suelo con ayuda de sus aletas para saltar de lago en lago.



El voraz animal se ha convertido este verano en una de las principales amenazas para el balance ecológico del estado de Maryland y toda la costa este de Estados Unidos. Los investigadores oficiales tras examinar posibilidades de todo tipo, han sido capaces de seguir el rastro de los animales hasta un coleccionista local de peces exóticos. Sujeto natural de Hong Kong que ha confesado haber adquirido una pareja adulta en el barrio chino de Nueva York. Y cuando sus mascotas se hicieron demasiado grandes y voraces, decidió abandonarlas en unos bidones pensando que se morirían.

Los estudios realizados indican que la pionera pareja se ha reproducido por lo que las autoridades de Maryland se enfrentan ahora al dilema de cómo acabar con esta invasión tan amenazadora para la zona y para la fauna de la región. Tras múltiples pruebas y debates se ha llegado a la conclusión de que el mejor procedimiento para acabar con esta colonia de peces es diluir en las aguas un veneno conocido como rotenone, elaborado a partir de ciertas raíces.

Experimentos científicos de urgencia en la Universidad han comprobado que en el plazo de una hora la toxina en cuestión es letalmente efectiva para estos animales. Por el momento el resto de detalles de la operación están pendientes de recibir autorización para su difusión.

